

# Microplástico

Javier García Aranda - enero 2019

Ha sido elegida por la **Fundéu** como palabra del año 2018. Es el término acuñado para designar a los protagonistas de la nueva plaga que se cierne sobre los seres humanos y el medio ambiente en que vivimos. Según la citada fundación, *“son pequeños fragmentos de plástico (menores de cinco milímetros) que o bien se fabricaron ya con ese tamaño para ser empleados en productos de limpieza e higiene, o bien se han fragmentado de un plástico mayor (bolsas de la compra, envases de todo tipo...) durante su proceso de descomposición”*. Los **microplásticos** han saltado a la fama. Y se han convertido en el nuevo invitado a nuestra mesa formando parte del menú: en el agua, en la sal marina o, en su formato más popular, en los peces que nos comemos. ¡Como si la proliferación de los malditos **anisakis** no fuera suficiente para amargarnos las comidas a quienes somos devotos del pescado!

¿Cómo es posible que haya llegado a la naturaleza tal cantidad de plástico como para formar parte de la cadena alimenticia de los animales, incluidos los *supuestamente* racionales, es decir, los humanos? No sé ustedes, pero yo no me creo que el asunto se va a resolver *sólo* con el compromiso responsable de concienciad@s ciudadan@s que intentamos redirigir hacia el reciclaje la marea de plástico que invade nuestros hogares. Ni me lo creo, ni se lo creen quienes organizan las campañas de recogida de residuos y que, con toda la coña marinera del mundo, advierten que los objetos de plástico que no sean envases los depositemos en los contenedores destinados al rechazo (*sic*).

**¡Es la economía, estúpido!** Efectivamente, como bien dice la famosa frase acuñada casi sin querer por **James Carville**, asesor de **Bill Clinton** en la campaña que en 1992 le llevó a la presidencia de los **EE.UU.**, son los intereses económicos los que están detrás de que el plástico haya invadido todos los rincones de nuestra vida. Y nadie puede acusarnos de consumir lo que nos ofrece el mercado (y convertir buena parte de ello en basura), cuando a menudo no existen alternativas económicamente accesibles para la mayoría de quienes vivimos en las ciudades.

Sólo una decisión económica de profundo calado -que nadie puede tomar, porque no hay ningún organismo en el mundo con autoridad para hacerlo- podría lograrlo: dejar de poner en la cadena de consumo (doméstica, industrial o de cualquier otra índole) productos para los que no se ha previsto en origen, cuando son diseñados, la forma en que pueden ser reutilizados o reciclados sin generar residuos peligrosos para la salud de los seres humanos y para la vida en el planeta. Entre ellos, pero no los únicos, están los ya famosos **microplásticos**.

Me atrevo a pronosticar que sólo con las nuevas palabras que haya que asacar para designar a otros residuos que van a seguir inundando nuestras vidas y atentando contra nuestra salud y la de nuestr@s descendientes, la **Fundéu** tendría resuelto el problema de elegir la palabra de cada año durante las próximas décadas. Aunque para ello haría falta que dichas palabras fueran protagonistas en los medios de comunicación. Y me temo que con la que está cayendo en otros órdenes de la vida social no quede sitio suficiente para todas ellas. Salvo que encuentren su espacio en esos programas a mayor gloria de lo *culinary* que tanto proliferan en los medios: nuevas recetas para cocinar apetitosamente **microplásticos**, **anisakis** y demás residuos o parásitos *alimenticios*. ¿Se imaginan?